5

Franco ante el nuevo horizonte

Colección "Nuevo Horizonte"

FRANCO ANTE EL NUEVO HORIZONTE



EDICIONES DEL MOVIMIENTO
Colección "Nuevo Horizonte"
Gaztambide, 59 - MADRID

Depósito legal: M. 13.449-1961

Artes Gráficas Ibarra, S. A. - Cáceres, 15 - Madrid

"Esta satisfacción nuestra, bien legítima, por otra parte, no ha de entenderse, sin embargo, como sentimiento o convicción de que la obra está terminada, pero sí de que podemos considerar resueltas las incógnitas y escollos más importantes de nuestra hora y de que tenemos ante nosotros un horizonte despejado de evolución y de desenvolvimiento sucesivo."

(Palabras de Francisco Franco, pronunciadas en Burgos el día 1 de octubre de 1961.)

INTRODUCCION

La figura política del Jefe del Estado español, por abundante que sea ya el glosario de sus más dispares dimensiones, sigue siendo tema inagotable. Franco es un hombre de Estado de excepción, y esto es algo que, con todo rigor, constituye ya el juicio unánime de las personas más importantes de nuestro tiempo. Ahondar en la figura del Caudillo y exponer su carácter de manera completa y certera es labor de muy honda dificultad y no ha sido tal la intención de los redactores de este trabajo ni propia de la colección NUEVO HORIZONTE tan extensa tarea. Pero lo que sí hemos pretendido es destacar sobriamente, quizá demasiado brevemente, el sentido de apertura, de positividad, de esperanza que tienen sus ideas y sus realizaciones.

Francisco Franco es un hombre de creación; no es un hombre de conservación.

En los anteriores trabajos que el Gabinete de Estudios de la Delegación Nacional de Prensa ha elaborado, se ha insistido en algo que constituye, evidentemente, una de las más sugestivas y valiosas características de la España de hoy. Con expresión que no es nuestra, sino de doctrina fundacional y ya añeja, hemos dicho que España es, al mismo tiempo, una firmísima raíz tradicional y un relampagueante deseo de modernidad. En la integración de estos dos vectores dialécticos está el cogollo de la españolidad en nuestros días. También, y con toda profundidad, la razón de nuestros problemas. La conciencia de España se adquiere a través de un enorme torrente de valores tradicionales. Pero no se agota en esto. Porque la conciencia de España exige, como premisa fundamental para que su entidad sea estable y maciza, la posibilidad de seguir siendo España. La tradición impulsa y da sentido a las decisiones nacionales, pero estas decisiones surgen de cara al futuro. Son proyecciones hacia el destino. Exigencias de modernidad, entendiendo lo moderno como lo que implica la natural inserción de las cosas en el orden del tiempo nuevo.

A poco que se estudie, a través de sus escritos y discursos, la figura del Jefe del Estado, habrá de advertirse su esencial radicación en este esquema psicosociológico de España. Franco, militar y católico, producto humano de un sentido tradicional de la educación, la cultura y la política y defensor hace veinticinco años de esta vena tradicional de nuestro pueblo con la decisión de las armas, es, por otra parte y claramente, un revolucionario en el sentido auténtico del la Revolución que José Antonio enunció, y que estriba en

una vocación indignada y serena al mismo tiempo, de un orden nuevo, preciso, completo y justo. La transformación de nuestro pueblo, dejando por el momento a un lado sus aspectos físicos, ha sido total. Hay, incluso en los larvados focos de oposición, una nueva idea de España, que en ocasiones «malgré lui», tiene la impronta franquista. Cuando no se tiene esta idea no es que se sea o no se sea partidario del régimen; es que se es, simplemente, viejo.

En los trabajos que siguen a esta breve introducción hemos glosado el pensamiento del Caudillo—expresado fundamentalmente en los recientes discursos pronunciados en Burgos con motivo del XXV aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado—en esta doble y armónica dimensión, y tanto en sus aspectos teóricos como en los nutridos y vivos reflejos prácticos de la teoría. Para los que se acerquen a los hechos con el corazón limpio y la voluntad bien dispuesta, no dejarán estos hechos de mostrar una realidad sorprendente y esperanzadora. Franco está en su tiempo con una clarividencia y un rigor que no hay manera de negarle. España vive este tiempo, cara al nuevo horizonte, con pulcritud y eficacia. Sin renunciar a lo que constituye su infraestructura histórica, su razón de pasado, pero lanzada a lo que en definitiva justifica su estar en el mundo: el destino. Vivimos por eso, aunque muchos no lo sepan, el instante más positivo de nuestra historia en varios siglos.

I. EL ESTILO POLITICO

Superado victoriosamente el trance de la guerra, Franco se encontró ante una España demolida en lo físico, y gozosamente esperanzada en una trayectoria política que el aliento de José Antonio Primo de Rivera había ya sugerido de manera decisiva y clara. Pero el problema político de España era profundo. La victoria era el primer paso hacia una consolidación de las ideas de la España grande, una y libre. Pero quedaba una larga tarea de reconstrucción por delante, que exigía un pulso poco común, una serenidad probada, y una voluntad constructiva de primera magnitud. "*De poco nos hubiera servido*", dice Franco, "*ganar la guerra si dejamos abandonada la solución del hondo problema político que la había causado.*" Con especial acierto, aún puntualiza así

el Jefe del Estado: "*No era lo más importante la situación militar con ser tan básica y trascendente, pues constituía la especialidad de mi profesión militar. Lo que se me presentaba como más grave era acometer la gran empresa política.*"

Las perspectivas eran, en efecto, graves. De una parte, la violencia bélica había destruido gran parte de las fuentes de riqueza del país produciendo el "shock" social de las grandes catástrofes. La España de 1939 era una España herida, ensangrentada. De otra parte, los tres años de combate no habían dado sosiego para restañar la anterior herida política. Era, eso sí, una España con espíritu, pero enfrentada a un porvenir en extremo azaroso y difícil. El resultado de las etapas políticas anteriores, había sido un complejo de desunión, de ineficacia, de injusticia, de desorden y de odio. Franco se plantea entonces la situación con todo rigor: "*España no podría salvarse sin que renaciesen la fe y la confianza en el futuro, sin despertarla a una nueva ilusión.*"

De cara a esta búsqueda ilusionada, Franco plantea su tarea política. Habrá, en primer término, que conseguir la unidad, aquella unidad de los hombres y las tierras de España que José Antonio había preconizado en su emocionante construcción política. Habrá que dar, en segundo lugar, al pueblo español, un eje ideal, un sistema fundamental de convivencia en el que todos se sientan flexible y naturalmente insertos, sin necesidad de artificios falsamente jurídicos. Esta no era una aspiración parcial. Como Franco dice, "*no era muy distinto el sentir de la mayoría de los españoles que formaban en los dos bandos*". Se había luchado por lo que el poeta llamó, "las Españas posibles", pero algo había quedado unánimemente claro: la España chata y partida de la ante-

guerra, era una España imposible, de cuya superación dependía nuestra posibilidad de futuro.

"*Tres puntos aparecían claros en nuestro horizonte: el espiritual, de la defensa de nuestra fe y del predominio de los valores del espíritu; el nacional, de salvar a la Patria en trance de disgregación y hacerla grande y rica en beneficio de sus hijos, y el social, de difundir la cultura y alcanzar una progresiva elevación del nivel de vida y una más justa distribución de la renta.*" En la integración de esta triple vía política —lo espiritual, lo nacional, lo social— está el talante político de Francisco Franco, la razón de su ejecutoria y el sentido de su actividad y de sus decisiones. Tratará, por una parte, de salvaguardar los valores tradicionales, "*el sentido católico de la vida*", y, por otra, de "*satisfacer los anhelos legítimos del pueblo*". Pondrá "*los valores espirituales por encima de los materiales*", pero asegurará al hombre, primordialmente, "*el progreso material y la justicia distributiva*".

La política de Franco, se planteaba así como un esfuerzo de claridad frente al confusionismo extravagante e ineficaz del antiguo régimen, y de las últimas monarquías españolas. El tradicionalismo se había convertido en postura conservadora y defensora de sistemas viejos, cuando no injustos. El "progresismo", la postura opuesta, en un agitado propósito subversivo, útil para derrumbar, pero incapaz de construir. La izquierda y la derecha de la política española, sometidas antes a la crítica implacable de José Antonio, *ni siquiera existente ya* en la política de Francisco Franco, salvo como mención arqueológica. La transformación en este aspecto es tan honda, que no es posible encontrar en la juventud española actual una sola apreciación positiva del dilema izquierda-derecha. Se disiente, es cierto, de otras cosas,

PERO DENTRO DE UN ESQUEMA GENERAL POST-MARXISTA Y POST-LIBERAL, que es pura creación del Movimiento Nacional, y que ha impregnado hasta los más íntimos matices intelectuales de nuestra sociedad.

La idea política de Franco es de una claridad notable: se trata de "*hacer la política más leal y sincera, haciéndola discurrir por los cauces naturales...*" Más que una teoría de la política en sentido estricto, es un estilo político, una manera de hacer. Frente a la artificiosidad de las especulaciones jurídicas y pseudo-jurídicas de los liberales decadentes, y frente a la punzante y fría subversión marxista, Franco significa una actitud equilibrada, un concepto sencillo y humano de la convivencia, una manifestación de buen sentido que, en un mundo desajustado y nervioso, parece una luz deslumbradora. Eso es todo.

Franco, pues, fundamenta su total comprensión política de España sobre una idea nacional. La nación como unidad de destino, como vehículo histórico de la comunidad, constituye la clave de la aventura española actual. Al servicio de esta idea nacional, los dos grandes caminos instrumentales, inmediato el uno, mediato y fundamental el otro, pero ambos insertos en una sola actividad política: lo social y lo económico. Los dos procesos, comprendidos de manera dinámica. Abiertos al horizonte. Veamos de qué forma concibe Franco su doble entidad.

II. LA TAREA ECONOMICA

En su "Mensaje al pueblo español", pronunciado en Burgos el 1 de octubre de 1961, Franco dijo: "*Nunca tuvo la Humanidad tal cúmulo de posibilidades y de recursos a su alcance. Jamás se ha dado en la Historia un complejo de poder como el que está al alcance de las potencias del mundo occidental para cumplir hazañas incomparables de civilización y de cultura y para traducir de manera convincente toda la superioridad de su espíritu*". Cuando algunos se empeñan en mostrarse esquivos con el futuro, y, aferrados a un ñoño concepto de lo espiritual se complacen en pronosticar catástrofes, esta afirmación del Caudillo, alegre y positiva, es todo un tratado de esperanza y acción.

Hay hombres que todo lo integran, lo superan y

lo acomodan a las exigencias más sutiles de su esencia, y hombres que ven turbio cuando la historia les enfrenta con un nuevo camino. Los primeros son hombres que construyen. Los segundos, hombres que, a lo más, conservan, lo cual es tanto como decir que caminan hacia atrás. El problema es trascendental. Porque en el mundo actual se ha planteado una situación urgente, grave, a la que no pueden dar cara con eficacia los modos premiosos y asustados del catastrofismo. Ya se sabe que nunca son buenas las empresas iniciadas desde el miedo.

Lo que está ocurriendo en el mundo —en España— en relación con los fenómenos económicos, industriales, técnicos, etc., es algo que encaja en lo dicho más arriba. Se trata, es evidente, de salvaguardar lo que de manera más honda y más alta nos define en el espíritu. Pero, como dice Franco, "*si queremos defender nuestros valores espirituales y los bienes morales que la civilización occidental nos ofrece, hemos de perfeccionar nuestro sistema, haciendo que satisfaga los anhelos de la población, que conquiste y atraigan, dotándolos de eficacia*". Esto se refiere, en primera instancia, a los sistemas políticos occidentales —"*al servicio de cuyo ideal estamos*"— pero, en segundo lugar, a la sustentación material de los puros enunciados doctrinales, que ya no pueden ser, como decía José Antonio, "derechos enunciados en casa del famélico", porque el advenimiento de las multitudes al primer plano de la vida pública, rechaza con energía dramática el fraude, y elige el camino más simple y más corto.

Separar los conceptos económicos de los conceptos sociales, no es posible en nuestros días. La economía no es, como se pensó erróneamente en la apoteosis liberal, y como, con otro matiz, se piensa en la esfera marxista, algo que tenga en sí mismo la razón de su

sustantividad. En un orden teleológico jerárquico, la economía sirve a la sociedad, es un instrumento en orden al bien común. Este bien común, no es un concepto abstracto, lejano, descarnadamente jurídico. El bien común es algo que se nota, que debe notarse, en los kilómetros de carretera, en el rango de las industrias, en la vivienda de los ciudadanos, en sus ropas, en el número de aparatos de televisión que hay sobre los tejados, en el porcentaje de tractores por unidad de tierra cultivada, en los índices de la renta nacional. Si estos datos no son positivos, de poco o de nada sirve que se enuncien constantemente bellos párrafos sobre el bien común, sobre la justicia y sobre la dignidad del hombre. Conseguir esta plasmación, es tarea esencial del ejercicio político. No es labor de un día, sino quehacer tesonero y continuo, que no puede complacerse con lo realizado, y que ha de mirar hacia adelante. "*Entre las metas más inmediatas*" —son palabras del Jefe del Estado relativas a la España del día—, "*cuya realización, sin embargo, necesitará de períodos no cortos en el tiempo, figura la de completar y perfeccionar un ordenamiento jurídico que de modo más efectivo imponga a la economía su función social.*"

Pero he aquí, cronológicamente expuestas, las realizaciones del Estado español en lo económico, en la propia expresión del Caudillo. En 1939, Franco aseguraba que "*el primero y más urgente problema que se presenta a nuestra economía, es la nivelación de la balanza de pagos*". Conseguida la nivelación en poco tiempo, si se compara con los medios y la situación internacional, el Estado —porque es el Estado el que lo plantea— se lanza a la industrialización, a la apertura de las estructuras económicas, y al establecimiento de lazos de cooperación con el exterior. Franco había dicho en 1942: "*Ningún pueblo de la*

tierra puede vivir normalmente de su sola economía." Y en 1951: "*Nuestra meta es la libertad económica*", y en 1954: "*en la vida moderna no bastan los mercados interiores...*" Y en toda ocasión, lo que, en definitiva, signaba el sentido económico del Régimen, y que, también en frase del Caudillo, extraída casi al azar de uno de sus textos, no puede ser aceptado como manera unilateral, parcial, de la gestión pública, sino en relación con lo social, "*en un solo fenómeno que requiere un tratamiento unitario y de eficacia simultánea en ambas vertientes*".

Un sentido, pues, abierto, alegre, claro, de los hechos económicos como garantía de la justicia, como supuesto elemental de la dignidad. La aspiración social, como meta, como incitante condición, como finalidad. Veremos, pues, cuál es la idea social de Franco, en este apresurado esbozo de su contextura política y espiritual.

III. LA ASPIRACION SOCIAL

Ya hemos visto, pues, cómo el entendimiento de lo económico tiene en Francisco Franco un sentido inseparable de lo social, y desde el punto de vista de las jerarquías espirituales, una posición puramente instrumental. Lo social es idea céntrica del pensamiento político del Caudillo. Incluso los fundamentos de la propia política como tal, están en la consideración de los hechos sociales. "*El fundamento de la vida política libre*", dirá, "*no está en la indiferenciación entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, sino en la necesidad de una esfera de autonomía tan amplia como sea posible para la realización de las vocaciones y de los valores de la persona humana.*"

Testimonio de esta preocupación clave, es la propia realidad española de los últimos años. Aquí no

se ha hecho otra cosa, en rigor, que fundamentar la convivencia de los españoles en una situación firme de justicia. Cada una de las realizaciones llevadas a cabo—la construcción de viviendas, de obras públicas, de escuelas, de hospitales, la ordenación de las zonas agrícolas desasistidas e impotentes, la legislación laboral, la estructuración de recursos de seguridad social, de protección y de promoción—representa un esfuerzo de justicia que define de manera exacta la manera de ser política del Movimiento Nacional y del Jefe del Estado. Lo social es algo que de tal manera ha calado la conciencia colectiva de nuestro pueblo, desde sus estructuras puramente materiales hasta los órganos públicos, que ya se bautiza nuestro estilo político como "social". España es un Estado social, y esta dimensión se respira, se siente, se pulsa en las diminutas realizaciones como en los grandes proyectos, en las grandes iniciativas, en las empresas de mayor alcance.

Pero no ya frente al pasado, frente a lo consumado, sino frente al porvenir, frente a lo por hacer, la dimensión social de España se determina con segura firmeza. "*Una labor inmensa nos espera aún para dar cuerpo a las realizaciones sociales que echamos de menos...*" Hay en el Caudillo una exigencia revolucionaria de superación, un tono de positividad, de "no hemos terminado", que da a su pensamiento y a su acción un aire juvenil de esperanza y aventura, buen reflejo de la aspiración nacional a una patria justa y poderosa, abierta a todas las ofertas del tiempo y alegremente laboriosa. En tal ademán espiritual hay, por otra parte, un tono desafiante, vivo. "*Tened la seguridad de que ningún prejuicio será capaz de detenernos en la aspiración de esas posibilidades que adivinamos y que desearíamos ver confirmadas.*"

Pero el sentido social del Movimiento, que Franco expresa tan repetidamente a lo largo de sus escritos y discursos, y de una manera palpable, en sus hechos, no sólo tiene este sentido de fundamento de una idea política, de sustento primero y trascendental de una doctrina, con ser ésta, desde el punto de vista axiológico, su dimensión más importante. El sentido social de la política es también un arma polémica poderosa, una clave práctica utilísima para superar, por una parte, la debilidad de las estructuras económico-sociales del mundo liberal, y, por otra, la amenaza constante del comunismo, desplegado en media luna ante las fronteras de Occidente y pronto siempre a intervenir en aquellos puntos en que la debilidad capitalista ocasiona una injusticia o un desorden. La defensa del capitalismo frente al comunismo, se apoya generalmente en factores negativos. Esto es, precisamente, lo que el comunismo quiere, y Franco lo sabe. Frente al comunismo hay que sostener una actividad defensiva de carácter positivo, creador, capaz de anticiparse. Con enorme claridad, Franco afirma que "*es incuestionable que la viabilidad, estabilidad y continuidad de cualquier sistema político vienen condicionadas de una manera esencial por lo atrayente y fecundo de sus doctrinas, y por el realismo y tacto con que se aborden los problemas, muy particularmente los económico-sociales*". El párrafo citado—uno entre muchos—no contiene ni una idea puramente defensiva, sino que, de cara a los problemas económico-sociales, que indefectiblemente provocan la aparición subversiva del comunismo, preconiza una tarea constructiva de carácter, en cierto modo, *ofensivo,* creador. No se trata de proclamar a secas la maldad intrínseca del comunismo, sino de levantar frente al comunismo una oferta más atrayente, una doctrina y un tratamiento realista de los

problemas sociales. La lección de Franco al mundo es fundamentalmente ésta: haber reivindicado del comunismo la facultad de hacer revoluciones. Privado así el mundo soviético de un instrumento dialéctico, no somos nosotros los que hemos de inventarnos posturas pasivas de defensa, sino ellos.

"*La validez de estas soluciones*", dice Franco, "*es hoy incontrovertible. Pero si tan innegable es ya esa realidad QUE NOS RELEVA* (el subrayado es nuestro) *DE LA TENSION APOLOGETICA que fue necesario mantener... continúa siendo tarea permanente de los órganos más importantes del Movimiento Nacional mantener vivo el instinto de conservación y de superación.*"

IV. LA IDEA NACIONAL

El largo pleito histórico que vino ensangrentando la vida española desde la época de los últimos Austrias hasta el 18 de julio de 1936, con escasos y breves períodos de tregua, tiene su origen en una querella ideológica de honda significación. Por una parte, los partidarios de una España inmóvil, aparentemente ordenada, castiza y muda. Por otra parte, los partidarios de una España descompuesta, imprudente, desordenada y desespañolizada. Don Marcelino Menéndez Pelayo, del que tantas torpezas se han dicho, retrató el dilema con frases aceradas: "*...dos bandos poderosos y encarnizados, después de haber lidiado sin cuartel ni misericordia en los campos del batalla (de la primera guerra carlista), permanecían irreconciliables, ceñudos y rencorosos, como separa-*

dos por un mar de sangre y un abismo de ideas todavía más hondo". Lo que se perdía en este abismo, lo que daba ese aire trágico al dilema, era el auténtico concepto de España. No se discutía por algo accidental, sino por lo que fuese la auténtica esencia de la españolidad.

José Antonio Primo de Rivera, que presencia uno de los instantes climáticos de la querella, resume su pensamiento político en un propósito superador: se trata de recobrar la auténtica España; se trata de reespañolizar España. La tarea primera de la Revolución, la que habría de dar posterior sustento al despliegue del Movimiento Nacional, era ésa. Por ella se llegó a la última instancia de las armas, y si nuestra guerra de Liberación llegó a impresionar tanto como la realidad nos demuestra en otros países, fue porque aquí se combatía por una idea, motivo que el liberalismo, el materialismo y el envilecimiento del hombre por el sistema había llegado a olvidar.

La tarea del Caudillo va a ser, entonces, muy clara. A través de una técnica política revolucionaria y apoyándose en una idea del hombre eminentemente espiritual, Franco se enfrenta en 1936 con un quehacer gravísimo: esa idea clara de España que José Antonio preconizaba, ha de convertirse en un hecho, ha de plasmarse en la realidad cotidiana de la Patria, ha de hacerse patente en todos y cada uno de los aspectos de la vida española. "*Para ganar la guerra, nos era imprescindible el forjar la unidad perfecta de nuestra retaguardia, decidir claramente el ideario por el que se combatía y llenar de contenido político el Movimiento liberador.*"

La labor propuesta es difícil. Plantea un múltiple problema de gestión delicada, que, además, se ve dificultado doblemente por la realidad del mundo, en trance de guerra mundial, de trastrueque de valores,

de ruina económica y de injusticia. No hay ayuda posible. Franco está solo ante tan dramática obligación. Pero los primeros hechos constructivos ya están levantados: el Fuero de los Españoles y el Decreto de Unificación, han nacido en plena contienda y el gran desarrollo jurídico de nuestro sistema laboral, ya alcanza un tono pujante y prometedor. "*La condenación de lo viejo por caduco e ineficaz*", impulsa a la creación de lo nuevo. España se construye físicamente, pero, fundamentalmente, marcha en busca de su autenticidad metafísica. Franco rompe con los hechos el dilema de España. Hay un concepto de España superador y flexible, vivo y prometedor. La Patria como unidad de destino exige la unidad física de sus tierras, de sus hombres, de sus brazos y de sus cabezas.

Esta unidad, al servicio de la idea Nacional verdadera, es proyectada por Franco en un amplio campo de decisiones. "*A la democracia inorgánica... España opone la orgánica y representativa.*" A la idea desmedulada y romántica de los separatismos, España opone el sentido jugoso y tradicional de las regiones y los municipios, recobrados para la Nación y potenciados en sus aspiraciones parciales. Al injusto sistema político de partidos, España opone un concepto riguroso y limpio de la representación política a través de la familia, el municipio y el Sindicato. Se van haciendo unidades. Una labor legislativa ingente que partía de la nada, construía, paso a paso, los cimientos de una digna convivencia. Se sustituía el odio de clases por la armonía de la justicia. Se enfrentaba al egoísmo burgués, acomodaticio e insensible, la vigorosa idea social del Movimiento.

Pero por debajo de los hechos, dando estilo a su presencia incontrovertible, una cosa se manifestaba con fuerza: la España que se construía, la que se está

construyendo, no era un remedio; era una llamada al tiempo nuevo, una dinámica y fértil oportunidad de futuro. "*Lo que con el Movimiento y la Cruzada surge no es el arco que sirve de puente para restablecer la unión entre dos orillas, sino una concepción política y una estructura estatal*", que sirviera a la entidad de España para siempre, sin posibilidad de fracaso, y que fuese capaz de alcanzar, sin artificios ni violencias, "*una sincronización vital con las exigencias de justicia y transformación social que caracterizan y especifican a la etapa presente del mundo*".

Franco, pues, rechaza el concepto inmóvil y estereotipado de España. La Nación no es una fórmula cerrada, sino una manera de caminar, un desarrollo, una creación diaria, un proceso, una línea dinámica de pensamiento y acción. La "unidad de destino" joseantoniana queda así transformada en hecho palpable y posible. Como dice el poeta: "España no es un cuadro sino un aire; —no es un agua dormida, sino un río."

V. FRANCO Y EL COMUNISMO

Donde la figura de Franco aparece como más egregia y clarividente, es en el tratamiento intelectual y político del problema del comunismo. Frente al comunismo caben tres posturas. O se es comunista o se es anticomunista, o se intenta superar este nuevo dilema con aliento creador y constructivo. El anticomunismo—¡qué limpiamente vio esto José Antonio!—no puede limitarse a un constante y pomposo recitado de la maldad soviética. Esta postura no es realista, y cae en la debilidad y la ineficacia con notable frecuencia. Es una postura negativa y, probablemente, la que el propio comunismo gusta de advertir en sus enemigos. Al comunismo sólo puede combatírsele eficazmente CONTANDO CON EL y superándolo. Dice el refrán que "el tonto desprecia lo que no sabe". Ninguna postura más tonta, en la situación

actual del mundo, que la de negar al comunismo sin conocerlo totalmente.

Franco, al que ni sus más conspicuos detractores niegan su esencial y eficaz anticomunismo, no ha incurrido en este error. Una larga teoría de combate ha sido desarrollada por él, y ya empieza a granar en cabezas que permanecieron mucho tiempo en la oscuridad. Merece la pena exponer con cierto cuidado esta teoría expresamente diseñada por el Caudillo en casi todos sus discursos y, sobre todo, en sus hechos.

El primer movimiento de Franco respecto al comunismo es de conocimiento, vieja táctica militar que aconseja valorar justamente al enemigo. "*Para combatir un peligro*", dice el Caudillo, "*lo primero es analizar ese peligro, sus características, las posibilidades de maniobra, la posible ofensiva, todo aquello que puede anularlo o destruirlo*". El conocimiento auténtico del comunismo se lo ha dado a Franco en primer lugar su experiencia política y militar en España y, en segundo lugar, una evidente preocupación intelectual servida por el estudio y el trabajo. Frente a la opinión del mundo actual—sorprendentemente equivocado—Franco afirma algo que tiene singular originalidad: "*La amenaza que Rusia viene desencadenando sobre Occidente, aunque se ayude con acompañamiento bélico es, sin embargo, evidentemente política.*" El sensacionalismo del terror, que la difusa propaganda occidental se afana en lanzar, no cabe en Franco. Conserva la cabeza tranquila y fría. Está claro que el comunismo no provocará conflictos armados mientras pueda plantear y ganar batallas políticas. Es aquí donde hay que defenderse y atacar, sobre todo, con eficacia. Esta acción es preconizada por Franco en dos direcciones fundamentales. En primer lugar, manteniendo una postura ideológica firme. "*Es necesario ser fiel a nuestro ideario occi-*

dental, que no se abandone a los pueblos oprimidos tras el 'telón de acero', que no se les traicione con concesiones vergonzantes a los agresores." Con especial insistencia, Franco repite estas ideas en toda ocasión. "*No nos cansaremos de repetir*", dice, "*que la batalla planteada por el camunismo es ideológico-política y que es en ese terreno donde hay que ganarla*".

En segundo lugar, Franco señala un camino positivo de superación del comunismo. El éxito de éste no está tanto en sus propias virtudes sugestivas, como en la carencia de sugestividad por parte de la idea opuesta. "*La libertad acaba fácilmente con el comunismo*", señala el Jefe del Estado. Pero esta libertad, para ser eficaz, ha de ser verdadera y no una pura fórmula propagandística. "*El Estado liberal respondió un día a un ansia de libertad*", y así es reconocido por Franco, pero "*ha llenado su misión y otras ansias y problemas le desplazan*". La libertad que ha de oponerse al comunismo, no puede partir de la política vieja y decadente, sino de un concepto nuevo de la convivencia, del Derecho y de la sociedad, de un Estado revolucionario y vigoroso, "*que estimula la libre iniciativa y defiende la libertad y la dignidad de la persona humana, pero que se siente también propulsor y creador de todo aquello que, por beneficiar al bien común, deba realizarse*".

En el propio terreno del comunismo, en el terreno de las aspiraciones y reivindicaciones sociales, el Movimiento Nacional desarrolla la que hasta ahora ha resultado ser la más positiva campaña antisoviética de la historia. No hay ninguna exigencia de justicia que el comunismo haya enunciado, que no haya encontrado previamente el tratamiento justo en nuestra Patria. Pero este tratamiento se ha hecho sin perder el frente, no como concesión urgente y negativa,

como remedio de última hora, inevitable y forzado, sino como superación. A cada realización social el Movimiento le ha dado significado espiritual. Esto suponía, por un lado, la derrota del comunismo en su propio feudo y, por otro, la potenciación de los recursos liberales, demasiado flojos ya, para salir por sí mismos del atolladero histórico y obligados a cada instante a un nuevo renunciamiento, a una nueva claudicación, a un nuevo armisticio condicionado.

La solución es certera. Es, además, la única solución anticomunista lúcida. Tiene razón el Caudillo cuando afirma que a esta solución habrá de acercarse el mundo libre o el comunismo "*acabará yugulando a Occidente si sus equipos rectores continúan tratando de detener la dinámica ofensiva del sistema comunista con procedimientos que en lugar de frenar, amplifican sus posibilidades de expansión*".

VI. LA ACTITUD HUMANA

Interesa ahora glosar un profundo aspecto del pensamiento de Franco y de su compostura personal, que ha mutado el talante individual y colectivo del hombre español y en cuya raíz está el sentido último de la trayectoria política del Movimiento Nacional. Este aspecto profundo sobre el que merecería la pena extenderse en un ensayo de mayor aliento, es la transformación espiritual de nuestros hombres. España presenta hoy al mundo una actitud humana, de la que es buen ejemplo la persona del Caudillo, liberada de toda retórica, y de cuya debida ponderación surge luz suficiente para entender en toda su complejidad, la actual aventura histórica española.

La actitud humana de Franco es, en primer lugar, de confianza y buen ánimo. Cuando exclama ante los

muchachos acampados en "El Parral": "*Una buena estrella me acompaña*", el Jefe del Estado está realizando un acto de fe singularmente descriptivo de su manera de ser. Pero su compostura es clásica. No es fácil de alterar. Nada más lejos de su pensamiento y de su conciencia que la utopía, la exageración, el ensueño. "*La existencia de una doctrina*", enuncia, "*es lo que garantiza fundamentalmente que la política no se centre en un personalismo, ni se convierta en un contraproducente mesianismo*". Esta capacidad de lucidez, incluso en los momentos más comprometidos, es dimensión de Franco que han observado todos los hombres ilustres de nuestro tiempo que le han conocido, y representa una armonización entre la fe y el realismo que en buena medida da un reflejo exacto de lo que el español de hoy es. El español de hoy se sabe, por una parte, ciudadano de un país cuya naturaleza no ha sido pródiga. Una vivaz facultad crítica, que siempre fue neta característica española, le impide caer en la ceguera de los viejos cantores de un patrioterismo vacuo. La "España que no nos gusta", de José Antonio, tiene conciencia de sus propias limitaciones físicas. Pero, frente a la actitud negativa de los llorosos que tanta buena literatura ha dado a España, sin embargo, el Jefe de Estado representa, tal como José Antonio preconizó, una exigente tarea constructiva. Para esto no basta con la crítica; hace falta la esperanza. El "*no hemos terminado*", que Franco repite en todas sus manifestaciones orales y escritas, y en su propia actividad de gobierno, representa claramente esta voluntad perfectiva, tenaz, empeñada en la superación de dificultades y casi incitada por estas dificultades en orden a la fe en un futuro posible y brillante. En este sentido, en la integración del realismo con la esperanza, Franco es un hombre que sueña cosas verosímiles.

"*Ver realizado el sueño de resurgimiento*" con expresión entrecomillada de uno de sus discursos, es cosa que lleva aneja la voluntad; no es una pura ilusión. "*Yo pido*", dice, "*a los españoles que abran los ojos a lo inestimable y prometedor de la oportunidad histórica nacional en que vivimos*".

Y es evidente que, junto a la veta crítica de siempre, de la que tantos pueblos carecen, los españoles de hoy tienen un afán constructivo que resulta revolucionariamente nuevo. Nuestros mejores hombres han solido quedarse en la queja. Así murió Quevedo, así vivieron los hombres egregios del 98, y así transcurrió la protesta vital y dramática de Joaquín Costa. Por una España capaz de superar el tono quejumbroso, murió José Antonio Primo de Rivera. Franco es el hombre de la España nueva y ha superado esa inclinación negativa, esa tendencia al abatimiento nacional.

Pero para que tal superación tenga carácter permanente y positivo, es necesario arbitrar una serie de sistemas instrumentales. El Caudillo ha señalado, en primer lugar, una triple vía espiritual. "*La unidad, la disciplina y la fe*", constituyen el fundamento de acción que el Movimiento alienta. Unidad y disciplina, que suponen una posición realista y serena, ordenada y sobria. Pero también fe. Voluntad de ilusión y de apertura. "*Creer y servir.*"

Es así como ante los ojos del mundo se presenta el español de nuestros días. Consciente, por una parte, de su realidad física, de las dificultades que la naturaleza y la historia han puesto ante su paso. Pero empeñado en una tarea cuyo sustento fundamental está en la esperanza, en la certeza de que el tiempo por venir es sugestivo y prometedor. Atento, por una parte, a las circunstancias concretas que su entorno geográfico y natural determina, pero tenazmente

lanzado a la consecución de lo que, durante mucho tiempo, ha sido su sueño de redención. Sujeto a los problemas inmediatos y vitales, pero decidido en la búsqueda de un destino que está por encima de las circunstancias.

De manera expresamente clara, el Caudillo lo ha dicho así, al testimoniar que el Movimiento es "*un esfuerzo intensivo para que en las inmensas perspectivas abiertas ya a nuestra voluntad realizadora, bien comprobada y experimentada en la gigantesca labor llevada a cabo, cuanto hemos de hacer descanse igualmente sobre conclusiones y estudios elaborados previamente con el máximo rigor*".

VII. LA VOCACION EUROPEA

A esta altura del tiempo hay ya muchos que han sabido advertir lo que, en definitiva, representó la guerra de España en el marco de la historia del mundo y, más concretamente, en el marco de la historia europea. Aunque entonces la cosa no estuviese tan clara, de lo que se trataba era de la defensa de Europa. Desde el primer instante de su vida pública, pues, Franco se presentaba como un europeo cabal, y el primero, además, que supo ver lo que en realidad representaba el comunismo extendido ante las fronteras de la Cristiandad. Esta es cosa que, en verdad, no le ha sido perdonada por el propio comunismo, pero que tampoco ha sido exactamente comprendida por muchos otros europeos—por muchos otros espa-

ñoles—que tomaron la victoria por reconocimiento de privilegios, y en ese error han persistido.

Franco personalizó una victoria de Europa. No de una Europa técnica y leguleya, sino de la auténtica Europa, que no se manifiesta en los escritos constitucionales con tanto rigor como en el corazón de los europeos limpios. Pero, además de una victoria europea, la victoria de Franco representó el primer paso de una nueva postura española en nuestro Continente. Es un hecho incuestionable, que lo que ahora se presenta como tal Europa es, en gran parte, una derrota. El comunismo no sólo ha mantenido sus posiciones, sino que las ha ampliado, las ha hecho más vigorosas desde 1936 hasta nuestros días. Una constante defección europea ha facilitado su progreso. La unidad europea no podrá alcanzarse por este camino, "*jamás podrá ser eficiente ni sólida si la acción de Occidente sigue respondiendo a un neutro pragmatismo coyuntural, si sigue viviendo en la más absoluta indigencia doctrinal*".

Por eso el Jefe del Estado preconiza constantemente una idea europea que no esté sustentada en circunstanciales apoyos materiales, sino en un fundamento doctrinal sólido, sobre el que pueda levantarse con rigor y sin esfuerzos artificiales, el edificio estable de la justicia, la convivencia pacífica y el crecimiento de la sociedad humana. Por aquí se empieza, y aquí está, precisamente, la posible lección que la España de hoy ofrece a las hermanas naciones de nuestro Continente.

En la mayor parte de los pueblos europeos, ocurre, como dice el Caudillo, que "*se reacciona al compás, y sólo al compás de la urgencia, sin objetivos finales estables y claros... Se vive al día, sin las elementales previsiones, escogiendo entre la paz y la guerra, la claudicación o la paz deshonrosa*". En esta situación

clara, que nos llega hasta nuestra españolidad de manera hiriente y dolorosa, como una llaga de la Europa más entrañable, España indica una rectificación. "*A la ciega hostilidad de que hemos sido objeto respondimos y continuaremos respondiendo con la fidelidad más limpia a la causa de la civilización de la que somos hijos...*" Nuestra oferta política a la Europa que se debate, está en nuestras instituciones, en nuestro sentido de la historia, en nuestra íntima valoración espiritual de todo ejercicio humano, y en nuestro decidido propósito de impedir el comunismo en nuestra casa, combatiéndole sin retroceder nuestras líneas, sino adelantándolas hasta obligar al adversario al repliegue.

Franco, pues, en todas y cada una de sus manifestaciones públicas, así como el Movimiento Nacional en su absoluta delimitación, ofrecen no sólo una solución española, con ser ésta su inmediata finalidad, sino una solución de ámbito europeo, con voluntad de síntesis, superadora del cisma atomizador de la Europa debilitada y deliberante. Pero, sobre todo, por su sentido de la justicia social, firmemente entroncada en los conceptos clásicos de la dignidad humana, y mucho más eficaz y positiva que las declaraciones liberales de derechos en orden a la estructuración de un orden social y político estable en que el hombre pueda dar auténtico cauce a las actividades que le atestiguan como poseedor de su destino, de su vida, de su esperanza.

VIII. LA JUVENTUD

Franco tiene una especial delicadeza cuando se dirige a la juventud o cuando se refiere a la juventud. El aspecto podrá parecer anecdótico, pero tiene una significación importante. Será, por una parte, el testimonio cordial de un hombre maduro hacia la restallante gracia de la juventud. Pero no sólo eso, sino el reconocimiento de un estilo juvenil en el que el aire español de hoy se mueve vigorosamente. La política de Franco, la idea germinal del Movimiento, es un gesto de juventud.

A esa juventud española que, con palabras del Caudillo, "*nacía a la vida cuando España amanece*", puede tomársela como un símbolo, pero más allá de la lírica ha de tomársela como una señal histórica. Para la juventud es la España grande, y Franco, que lo

sabe, que testimonia constantemente su insatisfacción, su voluntad de futuro, tiene una especial vocación de esfuerzo cuando a ella se dirige. España no es nunca la España presente. Apenas puede concebirse el presente. El presente es un sueño, aunque la frase suene a paradoja. Lo que de verdad nos certifica ante el mundo y da razón de nuestra mismidad, es el futuro. Lo que habremos de ser. Toda la actual y esforzada tarea española no tiene sentido si se entiende como justificación o como acomodación temporal, útil para salir adelante de nuestra vida física—de la vida de los que vivimos—. La terca tarea española tiene su finalidad más lejos. Busca la posibilidad de que los españoles futuros nazcan sin que sobre ellos penda la terrible amenaza del verso machadiano: "Españolito que al mundo vienes...", y puedan presenciar en torno suyo la imagen justa y equilibrada de la España que todavía es nuestro sueño.

Hay una política de juventud y una política de agotada vejez. Los modos políticos viejos, tienden a estereotipar, a fijar sistemas de convivencia, por más que hayan demostrado su injusticia o su ineficacia. Hace tiempo, en un bello discurso, Sánchez Mazas retrató esta política valetudinaria en la corte inmóvil y ladina del Dux veneciano. Frente a la caducidad impotente y corrompida allí significada, la política de juventud presenta la figura airosa y pujante de la revolución. Entre los que conservan y los que construyen, la Historia está con estos últimos. La irritación ante la injusticia que en Franco adquiere muchas veces expresiones vibrantes y decididas, es una dimensión juvenil. Ante "*tantas grietas, tantos privilegios solapados y tantas necesidades insatisfechas*", el Jefe del Estado prorrumpe en una exigencia briosa, esperanzada: "*¡Que sean otros los que se avengan tranquilamente a tal estado de cosas! ¡Que sean otros los*

que encubran su tranquilidad o su malevolencia escudándose en las imposibilidades físicas!"

El estilo juvenil de la política excluye el derrotismo, el conformismo, la falta de fe. Durante mucho tiempo la vida política española fue así, y su paso por el mundo dejó una cenefa de miseria y de deseos insatisfechos. Era la España sin pulso, agonizante y temblorosa, impotente y floja, que en una larga herencia fuimos recibiendo los españoles, generación tras generación, sin que una idea limpia y fuerte de la convivencia, de la patria y de la libertad nos sirviese de palanca propulsora hacia el horizonte del tiempo. Esta España vieja—no una España política concreta—fue la que desapareció en 1936. Para dar paso a una España impetuosa y tenaz, firme en su voluntad de crecimiento, realista y abierta, que en el Movimiento Nacional encontraba, por fin, el motor de sus actos, y en la figura de Franco el ejemplo vivo de la serenidad, la audacia y el espíritu de servicio que España estaba necesitando desde tan largo tiempo.

La juventud, la manera juvenil de estar en el mundo, estriba en la capacidad de proyectar. La juventud vive en el mañana, se sabe sujeto del destino, atisba la oferta del tiempo que, a diferencia de lo que creen los agoreros de cataclismos, es siempre atractiva, positiva y esperanzadora. "*Sentir la fe acrecentada*", como el Caudillo dice, es tener un concepto joven del universo. No cejar. No ser, con expresión joseantoniana, asequible al desaliento. La juventud no es susceptible de desalentarse. Vive en un acto continuo, en una constante impulsión de gestos de crecimiento. No delibera, ni titubea, sino que construye, a veces a golpes de inspiración lírica, pero siempre dentro del esquema noble del espíritu clásico.

Aunque no todos lo quieran advertir la España de hoy es así. Cancha del tiempo donde se juega la emocionante partida del destino que tiene, en su prometedor misterio, el acicate de las conciencias limpias, de las conciencias jóvenes.

IX. LA CONCIENCIA DE FUTURO

Hemos intentado recoger en los artículos anteriores el sentido general de proyección hacia el futuro que tiene el pensamiento de Franco a través de los diversos campos de actividad y gestión públicas que constituyen, en suma, el complejo del quehacer de Gobierno. En esta conciencia de futuro que late en las decisiones y expresiones del Jefe del Estado, hay, en primer lugar, una valoración profunda y limpia de la Historia, entendida, como en la emocionante lección joseantoniana en su sentido cursal de proyección, de búsqueda, de aventura. En segundo lugar, una sustentación realista y serena de la política, que no se empeña ya, como en los viejos modos del liberalismo, en abstraerse de la punzante exigencia de

los hechos para enunciar bellos y huecos párrafos falsamente jurídicos, sino que empieza y termina en los hechos mismos, y en ellos encuentra el incentivo y la razón de los esfuerzos. Dentro de esta ideación abierta y serena, Franco se niega a insertar su pensamiento en la línea de los augures de catástrofes. "*Tenemos ante nosotros un horizonte despejado de evolución y de desenvolvimiento sucesivo.*"

En el bello discurso que Franco pronunció en el Campamento de "El Parral", ante los muchachos del Frente de Juventudes, el 2 de octubre de 1961, el Caudillo dijo: "*En esa gran olimpiada que es la vida, las generaciones se suceden y se van pasando de una a otra la antorcha con el fuego sagrado de la Patria... Un puesto de honor es el de ser portador de la antorcha, pero a él hay que ir con el corazón limpio...*". Hay en estas palabras, en la compostura acostumbrada de Franco, en sus gestos fundamentales, un estilo deportivo de la política. El Movimiento Nacional ha venido, precisamente, a dar a la vida española un aire de competición ordenada y jovial, en la que encuentran su sazón fecunda las más dispares actividades de nuestro pueblo, el arte y la ciencia, el juego y el trabajo, el paisaje y la fábrica, todas esas cosas, grandes y pequeñas, evidentes y sutiles que constituyen el cotidiano milagro de la vida. Frente a los que todavía siguen empeñándose en cerrar puertas y caminos, adheridos a un conservadurismo ineficaz y turbio, no hay ni una sola afirmación de Franco que no sea un gesto de apertura. Los caminos, todos los caminos, se abren siempre al esfuerzo del hombre.

Modernidad y tradición, decíamos al principio, confluyen en nuestro estilo político con todo rigor. "*La Patria, es cierto, se hace y se acrece cada día; pero la recibimos como un tesoro que estamos obliga-*

dos a conservar y a aumentar..." La Patria es nuestra raíz en el proceso de la Humanidad y, en este sentido, tradición, pero también nuestra obra, y en este sentido, posibilidad, empresa de creación. La voluntad de permanecer en este esquema positivo es en Franco clara. Expresa en muchas ocasiones —"*Mantenemos abierto el espíritu a todas las innovaciones...*"—latente siempre en todas y cada una de las cosas ya hechas, que no tanto son hitos pretéritos como sugerencias de porvenir. Por una España que fuese capaz de reconstruir sus castillos y, al mismo tiempo, de levantar centrales térmicas sin que aquella tarea nos hiciese nostálgicos, ni este quehacer nos hiciese tecnócratas, vivió y murió José Antonio. Por la misma España, con talante de buen soldado, sobriamente, decididamente, Franco sigue en la brecha. Es cosa que la Historia venidera testimoniará y de la que damos fe los españoles con voluntad sincera de claridad.

Es por eso que con todo rigor podemos repetir, haciéndolas nuestras, las palabras del Caudillo cuando afirma que aquí, en España, aunque no todos lo adviertan, estamos alumbrando un orden nuevo, una revolución trascendente, adelantada en años al paso del resto del mundo, pero en la cual, quiera Dios que pronto, el mundo se insertará si encuentra el camino de la lucidez.

INDICE

COLECCION "NUEVO HORIZONTE"

SERIE EDITORIAL

Nuevo horizonte de vida española	20	ptas.
El campo andaluz	10	»
La transformación agraria	20	»
La formación profesional y la nueva sociedad ...	15	»
25 años abiertos al futuro	15	»
El desarrollo regional de España	20	»
Ante el mercado común europeo	20	»
José Antonio en el nuevo horizonte	15	»
El mensaje de José Antonio	20	»
Rumbos de la empresa nacional	20	»
Franco ante el nuevo horizonte	20	»

FORO DE IDEAS

José M.ª del Moral

La provincia y el gobernador civil	20	»

MENSAJE DE ESPERANZA

La situación presente del desarrollo español, patente en todos los órdenes de la vida, desde los fenómenos económicos hasta la valoración de los impulsos espirituales, ofrece al espectador consciente una ocasión fructífera para la meditación y la esperanza.

En este marco, la glosa de la figura y la acción del Jefe del Estado se presenta como singularmente descriptiva del espíritu nacional. La satisfacción por las realidades conseguidas es lícita y noble. Pero, como se atestigua en la propia acción del Caudillo, sobre esta satisfacción impera un sentido dinámico de la gestión política y de la conciencia histórica. La labor de España no ha terminado. Ante la oferta del tiempo nuevo, que se abre ante nuestros ojos en un panorama difícil, pero prometedor y atractivo, España reacciona en un impulso de fe. El horizonte histórico nos exige una tarea sin desmayos, constante y lúcida, un mantenimiento e incluso una aceleración del ritmo alcanzado y una propuesta constructiva sin altibajos, repliegues o vacilaciones.

En las propias palabras de Franco, que en este cuaderno han sido ponderadas y extendidas, hay, fundamentalmente, una lección de esperanza. El proceso de crecimiento de nuestro pueblo está en marcha. No puede detenerse. El imperativo del tiempo nos fuerza a una acción tenaz y a una agudización de nuestro ingenio y nuestra voluntad. Para que, dentro de la exigencia de justicia que constituye la esencia del Movimiento, las posibilidades potenciales de nuestra Patria se conviertan, de hecho, en realidades pujantes al servicio del espíritu vigoroso que el futuro extiende ante nosotros. Al servicio del destino nacional, que ya tiene un lugar en el tiempo y un camino claro abierto en el espacio histórico, Franco está, de manera evidente, inserto en esta dinámica, y es de esto de lo que damos testimonio en el presente cuaderno de NUEVO HORIZONTE.

20 Ptas.